



COSITAS ANTIGUAS

Los Sombreros de Pajilla

Por Carlos Robreño

Julio 8/56

¿Qué cubano que haya rebasado esa edad madura en que según Maupassant empiezan a ser agradables los recuerdos no ha pasado alguna vez por el pintoresco trance que representa el perder su flamante o amarillento sombrero de pajilla en una riña tumultuaria surgida en cualquier café de barrio, entre liberales y conservadores, habanistas y almendaristas o aliadófilos y germanófilos en los tiempos de la primera guerra mundial?

En una de tales refriegas, el fino sombrero de paja italiana, adquirido en la "Antigua Casa de Sanjenis" o cualquier otro establecimiento similar de la calle San Rafael u Obispo o el popular "pajilla de a peso de la Plaza del Vapor" era abandonado sobre el campo de combate y semejante detalle servía después a la policía, cuando el suceso alcanzaba graves proporciones, para poder conocer, mediante las iniciales doradas incrustadas en la badana, quienes habían sido los protagonistas del hecho o simplemente figuraban en calidad de testigos presenciales.

Ese sombrero de pajilla ha desaparecido, como casi todos los otros, de las cabezas masculinas, no sólo en Cuba, sino en el resto del planeta, pues ya hasta los calvos exhiben su lustroso desierto craneano sin avergonzarse, ni tratar de disimular la ausencia capilar con el uso de dicho aditamento.

El sombrero de pajilla indiscutiblemente llenaba muchas funciones: de cortesía, algunas de defensa, otras, pues cuando en medio de una cuestión personal uno de los contendientes levantaba el bastón con ánimo agresivo, era casi siempre el ala o la propia copa la que recibía el más fuerte impacto y preservaba al atacado de un molesto viaje a la Casa de Socorro con su correspondiente sutura a base de "puntos de presilla". Hoy el ciudadano carece de tan efectiva protección, pero también es cierto que han desaparecido igualmente los bastones, al extremo de que un criollo "cocomacaco" o una exótica "malaca" parecen objetos medio-evaes.

El pajilla, que tuvo entre nosotros un breve eclipse, muy oscuro por cierto, cuando en vista de la carestía de la vida, hace más de treinta años, se puso de moda el pintarlo de negro y llamarle "virulilla", resultaba en muchas ocasiones bastante engorroso; sobre todo, cuando no se podía tener en la cabeza. Al sentarnos en la luneta de un teatro y tratar de colocarlo debajo del asiento en los momentos de comenzar el espectáculo, en raras ocasiones se acertaba y la caída estrepitosa al suelo provocaba duros comentarios entre el público, estando expuestos además, a que otro espectador al caminar por el pasillo le pusiera el pie encima, dejándolo en condiciones deplorables.

También en los días en que soplaban fuertemente un norte, el pajilla nos traía enojosas complica-

ciones, dado que en los momentos de cruzar una calle el viento solía llevárselo y al caer de canto sobre el pavimento continuaba rodando algunos metros, mientras su infeliz propietario emprendía una ridícula persecución tras de él, que, a veces, no obtenía el éxito apetecido, puesto que, el sombrero quedaba aplastado bajo las ruedas de un coche de alquiler, de un "fotingo" o de una bicicleta montada por un asturiano, que en aquella época se consideraba como uno de los más peligrosos conductores de dichos vehículos.

¿Y qué decir de aquella entrada con rostro grave y solemne en la casa mortuoria —entonces no se estilaban los velorios en funerarias— donde se hallaban tendidos los mortales despojos de un amigo? El sombrero en la mano nos estorbaba en aquel instante más que nunca, a tal extremo que, en ocasiones deseábamos ser nosotros mismos el fallecido para ahorrarnos el mal rato de dar el pésame a los familiares al mismo tiempo que nos indicaban con acento conmovedor:

—Póngalo donde quiera. No le dé pena.

Y el infeliz pajilla iba a dar, entre docenas de otros sombreros, sobre la cama situada en el último cuarto, quizás en la que el finado había exhalado el último suspiro. A la hora de marcharnos todo el mundo se enteraba de dicha retirada y no acertábamos a dar con nuestro sombrero, confundido entre tantos otros. Al fin, para salvar aquella situación embarazosa optábamos por llevarnos uno, el primero que nos cayera en la mano: más nuevo o más viejo, de copa más alta o de alas más estrechas que el nuestro. Para el caso era lo mismo.

Las modernas generaciones no tienen ya que confrontar tales dificultades. Dijimos anteriormente que el sombrero ha desaparecido casi totalmente en el mundo entero y en pleno mes de Diciembre o de Enero hemos visto por las amplias aceras de Broadway, por los concurridos boulevares parisinos o por la castiza calle de Alcalá a individuos envueltos en imponentes gabanes, anudando a su garganta gruesas bufandas y cubriendo sus manos con felpudos guantes; pero que llevaban descubierta la cabeza.

Acaso es que se ha ido infiltrando entre todos los hombres de la tierra la teoría predominante en ciertos indios mexicanos, habitantes de gélidos lugares del país, a quienes un día el Presidente Porfirio Díaz visitó y al mostrar éste su extrañeza por la ligereza de ropa que demostraban en medio de tan baja temperatura, uno de ellos le preguntó:

—Y usted ¿por qué no se abriga también la cara?

—Porque en ella no siento tanto el frío, —respondió el Primer Magistrado que años más tarde fuera derrocado por Madero.

—Pues, aplíquese el cuento. Para nosotros, todo el cuerpo es cara también. Es cuestión de costumbre.

M, Julio 8/56

